

## Artículo 6

### **SIEMPRE VALE LA PENA**

Fga. Amor Cloe López

*Esta presentación resultará quizás un tanto anecdótica, pero tiene por objeto llamar la atención de los de los fonoaudiólogos noveles, sobre la importancia que tienen en el desempeño de la actividad que nos compete: la responsabilidad, la dedicación, el interés humano y por qué no, también la paciencia.*

Cualquier tarea, oficio o profesión de la índole que sea, debe ser realizada con responsabilidad. El deslumbrante viaje a la luna hubiera fracasado, con que solamente el encargado de mover una pequeña palanca lo hubiera hecho a destiempo, se hubiera olvidado, o la hubiera realizado a medias. Todo el complejísimo equipo interviniente se hubiera visto defraudado y la más grande hazaña protagonizada por el hombre moderno, no hubiera llegado a feliz término. Una acción simple, mínima, puede resultar decisiva en toda una difícilísima realización global.

Si la actitud responsable debe darse en el desempeño de cualquier actividad, cuando ella está destinada al hombre en su esencia, en lo que atañe a su salud, o a su educación, su vigencia resulta imprescindible. Todos los seres humanos somos igualmente importantes y jerarquizamos cualquier labor que desempeñemos, si en ella nos comportamos con idoneidad indudablemente, pero además, con plena responsabilidad.

La realización continuada de una actividad, provoca su mejoramiento. La repetición de ciertas tareas lleva a la rapidez y en algunos casos al automatismo. En general conducen a la perfección. En el curso del tiempo esa dedicación constante, condiciona la experiencia; es decir el conocimiento de varios hechos por haberlos vivido y la mayor posibilidad a afrontarlos y aún de resolverlos. A mayor dedicación, menor posibilidad de error. El perfeccionamiento constante, la búsqueda de nuevos caminos, la aplicación de teorías propias y ajenas, permite aproximadamente cada vez más a la meta prevista.

El interés humano está condensado en el “amarás a tu prójimo, como a tí mismo”. Ciertamente sólo si el hombre es capaz de disfrutar con las alegrías de sus semejantes, de inquietarse con sus preocupaciones y de sufrir por sus pesares, es decir, si consigue ponerse en el lugar de los demás, podrá prestarle real atención, con la diferencia con que él mismo, quisiera ser asistido en situación similar.

En este mundo de urgencias que nos toca vivir, hablar de paciencia resulta tal vez un tanto anticuado. Todo queremos resolverlo prestamente y en ocasiones rechazamos ocuparnos de lo que suponemos, no dará satisfacción a nuestras inmediatas expectativas.

Tenemos que resolvernó a esperar ciertos resultados, porque el tiempo puede ser un significativo colaborador en el logro de ciertos aprendizajes y reaprendizajes.

Interés humano, responsabilidad, idoneidad y dedicación sin urgencia, deben signar nuestra tarea, qua en muchas ocasiones resulta ardua, penosa y hasta decepcionante.

En el curso de nuestro desempeño, escuchamos con cierta frecuencia opiniones precipitadas; comprobamos que al paciente se lo trata con cierta desaprensión, infravalorando sus posibilidades, o bien que el apuro resta eficacia a la atención que debiera prestársele.

La falta de tiempo lleva a veces al error do diagnóstico, no tanto porque el profesional no sea capaz de efectuarlo correctamente, sino porque la urgencia no le permite detenerse en la observación y comprobación del estado físico y psíquico del paciente que en él confía.

La falta de interés humano, hace que se descarten de la atención, por ejemplo, personas de edad avanzada, como si la falta de salud, fuera patrimonio exclusivo de la ancianidad y si el derecho al bien vivir, no les correspondiera.

La falta de dedicación, puede hacernos perder la inmensa alegría de tornar parlante, a un niño que no hablaba, o de devolver su palabra a quien la ha perdido por diversas causas.

Y por fin la falta de responsabilidad, puede malograr no sólo lo que podamos hacer por nosotros mismos, sino también lo que otros, pudieran hacer condicionados por nuestra actitud profesional.

Mencionaré brevemente, a título ilustrativo, un hecho que puede resultar aleccionador. ¡Porque todos hemos sentido alguna vez, que lo que hacemos era quizás un poco perdido! Y que las horas de nuestra vida que dedicábamos a ciertos discapacitados, podíamos emplearlas mejor o en actividades más gratificantes, en tareas menos penosas.

Pido disculpas por expresarme en primera persona, pero es inevitable que lo haga. Durante años, en el comienzo de mi actividad como fonoaudióloga, atendí entre otros, a un niño que según la psicóloga, extraordinaria en todo sentido, tenía tres años de edad mental y casi siete cronológicos. Mi recordada amiga, que atesoraba tanta idoneidad, cuanto sentimiento, había realizado su evaluación expresándome: "No va a poder aprender ni siquiera los colores".

A pesar del enorme respeto que me merecía la opinión de la calificada psicóloga, probablemente porque ya me lo habían confiado y no podía defraudar la esperanza de sus padres, con ese impulso innato en mí, de tratar siempre de hacer algo por quien lo necesita, confiando siempre en todo lo que voy a entregarle, continué reeducando aquella criatura, que por su aspecto físico y deficiencia Intelectual parecía irreducible. Si hubiera podido registrar todos los recursos, técnicos y materiales que inventé acordes a su necesidad, dispondría de un voluminoso compendio.

Considero innecesario insistir en señalar, que esta presentación no obedece a una supervaloración del ego. No está destinada a dar a conocer un éxito personal, sino un éxito de la rehabilitación, cuando aquélla se realiza en las condiciones señaladas anteriormente, con la constante, pareja y amorosa colaboración de la inigualada madre del niño. Porque la tarea rehabilitatoria siempre requiere para su logro, el triángulo: paciente, familia, terapeuta. Y mi chiquito tiene una madre excepcional, sin la cual toda mi afectiva creatividad, no hubiera fructificado.

Sí, estimados colegas, aquel ser tan disminuido, física y psíquicamente, a consecuencia entre otras patologías, de su hidrocefalia, que no era capaz de "ver", lo que representaba una simple figurita, que atravesaba en "cuatro pies", un pequeño patiecito, porque tenía terror al espacio, que era incapaz de sostener un lápiz entre sus frágiles deditos, integró totalmente su lenguaje, aprendió a leer y escribir en letra manuscrita y en imprenta, aprendió a sumar a restar a multiplicar y a dividir. Tan trabajado estaba, que "engañó" a las autoridades de la escuela especial, que requería un cociente intelectual mucho más alto que el suyo, y la cual le envié después de varios años de atenderlo.

Cuando volvía de atenderlo circunstancialmente en su casa, en algunas noches de invierno, después de un día agotador, me preguntaba como seguramente se lo preguntarán ustedes en ocasiones. ¿Valdrá la pena realmente dejar jirones de vida? Por qué lo son el tiempo y el esfuerzo en enseñarle a él y a otros, lo que tanto les cuesta aprender.

La respuesta la tuve años después, de labios de la autora de mis días. Había ido ella a casa le mi ex alumno o paciente, como prefieran decirle. Estaba solo. Era ya un muchachito que mantenía los inequívocos rasgos exteriores de su discapacidad, pues a pesar de la cirugía estética, se modificaron sólo parcialmente. Una persona fue a buscar a su padre, para que realizara un trabajo de su especialidad. Mi "osito", como le llamaba tiernamente la psicóloga, buscó un lápiz y un papel, y con sus dedos de "arañita" anotó la fecha indicada, y el nombre y la dirección de la persona que requería el trabajo.

Créanme, que cuando mi madre me narró el episodio, me conmovió profundamente. Aquel ser tan discapacitado se había transformado en un individuo útil a sí mismo y apto además para servir a sus congéneres. Entonces comprendí que realmente, toda mi ayuda había valido la pena. Si en algún momento sentí que quizás había sido demasiado tiempo, el empleado para lograr tal adquisición, esa noche me sentí muy feliz, de haber sabido esperar.

Si dispusiéramos de varias horas, podría mencionarles otras historias que atestiguan lo mencionado al comienzo, ello es, la necesidad de que coexistan los componentes señalados, en el proceso rehabilitatorio. Por lo expuesto pareciera, que la paciencia es el determinante del éxito. De ninguna manera; se necesita la interacción de los otros factores mencionados.

La especie humana vive, siente, ama, disfruta o sufre, pero por sobre todo espera. Espera algo de otro semejante. En muchos casos, de nosotros. Por cierto, que debemos responder a su pedido con nuestro profesionalismo, nuestra solidaridad, porque no existe nada que valga más, ni que valga tanto, como el ser humano. El hombre y la mujer siempre valen la pena, a la edad que tengan y en la situación que estén, con el agregado de que cuanto más

grande sea su necesidad, tanto mayor debe ser nuestra entrega. Y aún en aquellos casos en los que se considera que es poco lo que puede lograrse en el aspecto profesional, debemos intentarlo igualmente, si se solicita nuestro concurso, poniendo por supuesto en antecedentes a la familia de las limitaciones que observemos, pero entregando al paciente al mismo tiempo que nuestro quehacer, compañía, consideración, afecto, alegría.

La sociedad a la que pertenecemos, quiere imponernos como metas primordiales el logro del status, del poder o la gloria. ¡Pobres conquistas, aparentemente brillantes pero tan vacías, tan efímeras!

El hombre debe ser primordial preocupación del hombre. Todo lo demás es inferior. Lo que un semejante haga por él, valdrá, siempre la pena.